

EL DESENCANTO COMO EPÍLOGO NARRATIVO
DESDE TRISTANA A LAS CARTAS AMERICANAS DE PRUDENCIO ARMENGOL

Pablo César Moya
U.N.E.D. Madrid
(*Voz y Letra*, X/2, 1999, pp. 104-108)

IV

Podemos caracterizar las *Cartas americanas de Prudencio Armengol* como novela postmoderna: breve extensión, rapidez narrativa, tono desenfadado, gusto por la intriga y preocupación por la trama.

La acción se desarrolla en una ciudad canaria de los años 50. Como telón de fondo, las prohibiciones morales y políticas de la dictadura franquista, y como "personaje", una pandilla de jóvenes que, en carnavales (prohibidos por la autoridad) y en honor a su lúdica actitud transgresora, preparan su inexcusable broma de cada año. Narra la historia Heriberto, uno más de los componentes del grupo, quien inicia el relato con apuntes aparentemente intrascendentes:

Todo empezó de la manera más inocente, ¿qué quieren que les diga? Recuerdo bien que era lunes por la tarde, ya anochecida, porque casi sin alma yo acababa de llegar de la oficina y, luego de liberarme de la opresión de la corbata y de unos zapatos de puntera insufribles, medio derrengado me había dejado caer sobre lo primero que encontré a mi paso con cuatro patas y que pudiera soportar los maltrechos restos de mi espíritu.

Por supuesto, no hay ingenuidad alguna en esta descripción (cansancio, opresión de la corbata, la oficina y esos rutinarios lunes...), como tampoco será inocente la broma que Nino Faluchi ha preparado para los presentes carnavales. El lector (obligado a seguir una intriga organizada catafóricamente) la conoce al final de la primera parte: **nuestros jóvenes embarcan para América a uno de los miembros del grupo, a Prudencio Armengol**, sin duda el más pusilánime de todos. Tanto es así que, entre los azares de su desgraciada vida anterior, destaca el modo disparatado en que se vio padre y casado sin mayor culpa que su vecindad con la supuesta doncella deshonrada. La broma carnavalesca adquiere toda su seriedad: liberan a Prudencio Armengol de la opresión, de la esclavitud de una vida impuesta en la que la caricatura (su inusual matrimonio a la fuerza) no oculta la miseria de la vida cotidiana que envuelve a cada uno de los personajes.

La segunda parte posee tono de novela policiaca, pues se centra en las pesquisas para descubrir el "misterio" de la desaparición de Prudencio Armengol. Pese a los interrogatorios, a las detenciones y a la desmesurada gravedad que el suceso adquiere en un paranoico clima político, la novela mantiene su tono desenfadado. Al final la sorpresa. La trama -diríamos en formalismo puro-, reclama, avariciosa, la atención sobre sí misma y permite que los personajes se nos revelen en toda su profundidad. Lo hacen a través de las cartas que supuestamente envía Prudencio Armengol desde América. Nueva broma sería que inicia Nino Faluchi para eludir las acusaciones de asesinato. Las cartas se leen en grupo y se debaten en "reuniones" que se convierten en una especie de acto de libertad en el que los personajes (cada uno escribe/recibe una carta), expresan, por decirlo con términos de Ortega, sus "creencias" y sus "ideas".

Las cartas hablan de libertad desde un ficticio mundo americano que, como los "mares del sur", recrea el reencuentro con la naturaleza. Se trata de ese otro "metarrelato" de la historia que los teóricos de la postmodernidad suelen olvidar para no desajustar la imagen de "hiperracionalismo" que achacan a la modernidad. En éste, como indiqué anteriormente, se invierte el proceso y se regresa desde la

civilización al mundo primitivo, a un mundo natural, sin tiempo, donde se entiende que el Yo se libera de la alienación (nueva "ontología tiránica") inmanente al progreso.

Con esas ideas se inicia la segunda carta americana de Prudencio Armengol. Pero Nino Faluchi, su auténtico autor, que representa a la izquierda política, reorienta de inmediato esta primera actitud para transformarla en "la lucha de todos y por todos, la lucha colectiva por la libertad." Frente a ésta, la siguiente carta transcribe, con claro tono polémico, un largo relato en el que Prudencio Armengol se interna en el mundo indígena en busca del sentido de la vida humana.

¿Sabe?, ellos conocen todo, y nosotros, con nuestra pesada civilización a costas no somos más que unos pobres ignorantes, engreídos y fatuos. Pero quien humildemente quiera conocer, no tiene más que asomarse a estas y conocerá de verdad lo que es la vida. Yo estaba deslumbrado, y no pude evitar preguntarle, ¿Y saben también lo que sea la libertad?

Río arriba hasta sus orígenes, conforme se adentran en la selva y se acentúa el primitivismo de las tribus, mayor es su proximidad a la verdad. Hay tribus que no comprenden (como el indio del obispo Wilkins recuperado para la semiótica por U. Eco) que existan palabras al margen de quien las emite, pensamientos que puedan quedar presos en un papel. Por último, en el nacimiento del río, llegan al territorio de la tribu más recóndita. Y allí, en ese paraíso primigenio, está el principio del mundo, la buscada respuesta al sentido de la libertad.

Pero hay seres, preguntador, que se escaparon del control divino (...), que fueron creados mientras Dios se adormecía o se despertaba, al caer de sus párpados o al abrir de sus ojos, lejos de su vigilia, pero también lejos de su soñar: son los seres humanos, preguntador, tú y yo, los que habitamos este mundo burlado por un momento el control de la divinidad. Extraño preguntador de este adivino: eso que queda entre el sueño y la vigilia, eso que existe entre el azar y la necesidad, ese instante de duda divina, eso es la libertad.

Contrástese todo ello -y la comparación resulta abrupta- con el epílogo que puede leerse páginas después: unas breves notas informativas (sin trama, sin acción, sin suspense y sin desenlace) sobre el desencanto: dispersión del grupo, matrimonio, hijos, integración en el sistema, oportunismo, conformismo, etc.. Son signos, como cualquier otro, de retorno desde la Ilusión a la Realidad. No puede sorprender que nuestro narrador, que abrió su relato liberándose de la opresión de una corbata y de unos zapatos de puntera, nos diga ahora -es su última frase- que, al evocar ese pasado juvenil, se siente viejo.

Por lo que a mí respecta, hay momentos que me siento terriblemente confuso en un mundo que ha cambiado tanto y a tal velocidad que resulta imposible reconocerse, como estar viviendo en un sueño o en el ojo de un torbellino. Es en esos momentos cuando acudo a la gaveta de mi escritorio y saco el manojito de papeles manoseados por el tiempo. Leyendo las cartas de Prudencio Armengol, otra vez me doy cuenta de que me estoy haciendo viejo.

Esas cartas son -discúlpeame la reiteración del término- *discursos de emancipación*, relatos que, con intensidad lírica, la propia del "yo" cuando se expresa, condensan narraciones de la historia que desde el siglo XVIII hasta los años 70 han constituido nuestras ideas, nuestras creencias (insisto en la distinción de Ortega) y nuestra subjetividad. Cartas que hablan de lucha política y de liberación espiritual, y que, concretamente, evocan los años 60 con sus mitos paralelos de revolución y misticismo oriental. Cartas que quizás hoy ya nadie reciba o que al menos se reciben de otra manera. En el plano teórico, la filosofía postmoderna lo ha enunciado con fórmulas conocidas: fragmentación del sujeto y crisis de los metarrelatos mesiánicos de liberación. En el ámbito de la literatura, ningún síntoma

mejor que los nuevos derroteros de la novela hispanoamericana. Lejos ya de aquel "realismo mágico" que, frente al racionalismo, reivindicó el mito, *Del amor y otros demonios*, desandando lo andado, recupera la vieja lucha ilustrada y romántica contra la intolerancia inquisitorial que niega la razón y el amor. Mucho más drástico, más radical, Vargas Llosa, en su *Lituma en los Andes*, cercenaba esos dos grandes pilares constitutivos del imaginario de la literatura hispanoamericana desde los años 30, desde los años 40 y de su "boom" en los años 60: la revolución y el indigenismo mágico. La lucha contra la opresión política y la liberadora mentalidad mítica son ya, para un Lituma que no es el de antes, signos de la superstición, de la violencia y de la barbarie.

Baste añadir que por derroteros parecidos se mueven esas cartas de Prudencio Armengol, cuyo ficticio referente americano es signo, en realidad, de las "cosas" españolas. Hablan de lo mismo: del mito de la revolución y del mito de la naturaleza reencontrada, y, también, aunque pueda pasar desapercibido, del mito del amor. ¡Quién lo diría! Nuestro narrador, personaje y testigo de una historia que relata con omnisciencia relativa, escribe su propia "carta" en la que descubre su velada pasión amorosa. La sombra de Stendhal acecha al fondo. Menos fuerte que Julián Sorel, menos heroico para subsumir la desigualdad social (y física), tendrá al menos el consuelo de ver las lágrimas de "ella" cuando hace contar a Prudencio Armengol un relato de amor imposible.

¿Quién sabe -y no hablo líricamente, sino con seriedad teórica- si unos y otros no serán a su modo felices? También se lo preguntaba Galdós. Al menos -como ejemplo ahora de resignación postmoderna- no se sentirán oprimidos por la obligatoria necesidad de cambiar el mundo ni su mundo.